

GIACOMO LEOPARDI

*Selección, nota introductoria, revisión y notas de*  
MARIAPÍA LAMBERTI

*Traducción de*  
JOSÉ LUIS BERNAL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL  
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2012

## ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA, *MARIAPÍA LAMBERTI* 3

### CANTOS

CANTO I. A ITALIA 7

CANTO IX. ÚLTIMO CANTO DE SAFO 11

CANTO XI. EL GORRIÓN SOLITARIO 13

CANTO XIV. A LA LUNA 15

CANTO XXI. A SILVIA 16

CANTO XXVI. EL PENSAMIENTO DOMINANTE 18

CANTO XXVII. A SÍ MISMO 23

CANTO XXVIII. ASPASIA 23

CANTO XXXIII. EL OCASO DE LA LUNA 27

## NOTA INTRODUCTORIA

El máximo poeta romántico italiano, Giacomo Leopardi, nació en 1798, en Recanati, villa algo menos que mediana de la región de Las Marcas, en los entonces Estados Pontificios, hijo del conde Monaldo, reaccionario e incondicional del gobierno papal. Niño extraordinariamente precoz, adquirió una sólida formación humanística estudiando en los libros de la biblioteca paterna: a los once años componía en latín, a los catorce traducía a los poetas líricos y épicos griegos y latinos, a los dieciséis escribía en latín un tratado sobre la vida de Plotino y un estudio sobre los más famosos oradores de la antigüedad, y realizaba un eruditísimo *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*. En aquellos “años de estudio loco y desesperadísimo”, como él mismo escribió a su gran amigo el literato Giordani, el cuerpo se le hizo raquí-tico y enclenque, provocándole la irremediable convicción de ser destinado a la infelicidad y al desamor; pero el ánimo se le ensanchó hacia el más exaltado anhelo de grandeza y de gloria.

El joven consciente de sus valores, que ya se había puesto en contacto epistolar con los más notables hombres de cultura de su época, no tardó en sentir la limitación coartante del reducido y periférico lugar de su nacimiento (el “nativo burgo salvaje”, como lo llamará en uno de sus Cantos), y de las cerradas ideas paternas. Su rebeldía ideológica (él mismo hablaría de conversión política) se manifestó en la adhesión más apasionada y conmovedora al naciente ideal de una nación italiana unida; al mismo tiempo se verificó su conversión literaria, que lo hizo abandonar la filología para acercarse a la poesía. Pero en la polémica de aquellos años (1816-1818) entre los defensores del clasicismo ilustrado y los introductores de las nuevas corrientes románticas, tomó decididamente partido al lado de los primeros, aunque con argumentos que bien podemos definir como perfectamente románticos: sostenía que la italianidad tenía sus raí-

ces en el mundo clásico, y sólo de éste podía nacer una conciencia nacional; y que la poesía no podía brotar más que de la ilusión, negada al hombre moderno por su racionalismo y su ciencia, pero inagotablemente presente en la transformación mítica de la naturaleza que nos ofrece la poesía clásica. Poco después, se realizaba la tercera conversión: la filosófico-religiosa, que lo llevó a adherirse a una concepción mecanicista del mundo, desalmada y fría cosmovisión que haría irremediable el pesimismo por el que es conocida su poesía.

Los primeros cinco de los treinta y siete *Cantos* que forman la obra poética principal de Leopardi (“A Italia”, “Sobre el monumento de Dante”, “A Angelo Mai cuando hubo descubierto los libros de *La República de Cicerón*”, “En las bodas de la hermana Paolina”, “A un vencedor en la pelota”), escritos entre 1818 y 1821, están destinados a cantar el amor patrio, y a expresar el dolor de ver cómo el ánimo de los italianos no se inflama todavía en el espíritu de resurgimiento. La redacción de estos *Cantos* revela la formación filológica del joven autor: llena de referencias históricas, se vale de un lenguaje suntuoso y latinizante, apegado a los más estrictos cánones del purismo dieciochesco, que quería una lengua literaria modelada sobre los esquemas arcaicos del *Trecento*.

Después de estos *Cantos*, si el amor a Italia perdura, jamás volverá a ser tema poético. En 1822, su sueño de evasión se realiza; pero las estancias en Roma en aquel mismo año, en Milán y Bolonia en 1825, en Florencia en 1827, el contacto directo con los grandes literatos con los que había sostenido correspondencia o conocía de fama, lo decepcionan profundamente, convencándolo aún más de la mezquindad de los hombres, la superficialidad de las mujeres y la vanidad de toda empresa vital. Sin embargo, la decepción no anula, sino que agudiza, el anhelo de amor, de gloria, de felicidad, que, al saberse destinado a la frustración, genera un sufrimiento desgarrador e irremediable. Paradójicamente, es el retorno periódico a la casa paterna y al reducido paisaje natal, al

lugar de sus primeras esperanzas (los “amenos engaños”) el que lo inspira para componer sus mejores poemas.

La aguda conciencia de su infelicidad personal se enriquece con matices universales, y el pesimismo con que contempla su propio destino y su vida, se transforma en una desolada visión del género humano, condenado sin razón a la infelicidad. Su amarga filosofía culmina en una teoría de dolor cósmico, que reconoce a todos los seres hermanados en un común destino de sufrimiento. Supremo bien, la muerte; únicas dichas, las ilusiones; única felicidad, la que se saborea en los ensueños de amor y de gloria que llenan el alma juvenil, y que inevitablemente terminan en el amargo despertar de la realidad, de la madura toma de conciencia de la inutilidad de la vida.

He aquí que a los primeros “pequeños idilios”, compuestos entre 1819 y 1821, llenos de melancolía (“El infinito”, “A la luna”, “La noche del día de fiesta”, “El sueño”, “La vida solitaria”) suceden, en 1822, los cantos del dolor histórico y de la añoranza del pasado clásico (“Último canto de Safo”, “A la primavera, o de las fábulas antiguas”, “Himno a los patriarcas”); los cantos del ideal (“A su dueña”, “Al conde Cario Pepoli”, “El resurgimiento”) compuestos entre 1826 y 1828; los seis “grandes idilios” del dolor universal (“A Silvia”, “Las recordanzas”, “El gorrión solitario”, “La quietud después de la tempestad”, “El sábado del poblado”, “Canto nocturno de un pastor errante de Asia”), escritos entre 1828 y 1830.

Finalmente, entre 1831 y 1834, la última, devastadora pasión lo refuerza en sus convicciones y le inspira los cinco cantos sobre el amor (“El pensamiento dominante”, “Amor y muerte”, “Consalvo”, “A sí mismo”, “Aspasia”).

En 1833, Leopardi se trasladó definitivamente a Nápoles, con su devoto amigo Antonio Ranieri, que lo asistió en sus últimos años de enfermedad y amargura creciente hasta la muerte que lo alcanzó en 1837. Allí creó sus últimos poemas: dos canciones meditativas sobre la muerte (sobre un bajorrelieve

antiguo sepulcral, “Sobre el retrato de una bella mujer”); una oda satírica (“Palinodia al marqués Gino Capponi”), y el largo carmen “La retama o la flor del desierto”, en la que deja, casi como un testamento, la exhortación a la solidaridad como único remedio contra la Naturaleza madrastra que desprecia el dolor de sus hijos; y finalmente “El ocaso de la luna”, cuyos últimos versos dictó en su lecho de muerte.

Su lengua y su estilo permanecen, a lo largo de toda su obra, orgullosamente clasicistas y arcaizantes, aunque conocen por momentos concesiones a una mayor fluidez del discurso y coloquialidad del lenguaje. La construcción hiperbática a la latina, el uso de vocablos raros y desusados, los referentes históricos, filosóficos, mitológicos, el valor semántico otorgado a las palabras a partir de su etimología, hacen de la lectura de esta obra poética, igualmente rica en profundidad de pensamiento y en intensidad emotiva, una aventura intelectual y cultural compleja y completa, de la que aquí se ofrece un breve panorama en la traducción prodigiosa, por la fidelidad y aliento poético, de José Luis Bernal.

MARIAPÍA LAMBERTI

## CANTOS

### CANTO I. A ITALIA

*Aunque no lo sea propiamente, éste se considera el primero de los Cantos, y en tal posición aparece en todas las ediciones. Compuesto en 1818, refleja los espíritus juveniles de Leopardi, su énfasis patriótico que se manifiesta en todos los elementos que construyen la canción en un excursus pindárico. La retórica apasionada de las frecuentes interrogaciones, exclamaciones, arrebatos dramáticos, ha sido considerada excesiva, señal de la inmadurez poética del autor. Sin embargo, el mismo Francesco De Sanctis afirma que muchos de los jóvenes patriotas italianos que fueron a combatir durante las guerras de independencia llevaban en los labios los versos de este poema.*

Oh patria mía, miro los muros y arcos  
y columnas, y bustos, y las yermas  
torres de nuestros padres;  
mas su gloria no miro,  
5 no miro el lauro y hierro que portaban  
los antiguos ancestros. Ahora inerme,  
nuda la frente y nudo el pecho muestras.  
¡Oh, mas cuántas heridas!  
¡Qué lividez, qué llagas! ¡Cuál te veo  
10 hermosísima dueña! Y clamo al cielo  
y al mundo: hablad, decidme:  
¿Quién la redujo a tal? Y peor es esto,  
que encadenados ambos brazos lleva;  
y, sueltas las guedejas y sin velo,  
15 yace sentada en tierra y sin consuelo;  
y, abandonado el rostro  
en el regazo, llora.  
Llora, bien has razón, Italia mía,

para vencer nacida  
20 en la fortuna fausta, y en la rea.

Si fueran tus dos ojos fuentes vivas,  
nunca pudiera el llanto  
igualar a tu daño y a tu escarnio;  
25 pues fuiste dueña, y eres pobre sierva.  
¿Quién de ti habla o escribe,  
que, recordando tu pasada gloria,  
no diga: grande fue, ya no es aquélla?  
¿por qué, por qué? ¿Do está la fuerza antigua,  
30 las armas, y el valor y la constancia?  
¿Quién te quitó el acero?  
¿Qué traidor? ¿Cuál arte o cuál fatiga  
o cuál potestad tanto  
valió que el áureo manto te arrancara?  
35 ¿Cómo caíste o cuándo  
de tanta alteza en un lugar tan bajo?  
¿Nadie pugna por ti? ¿No te defienden  
los tuyos? Dadme un arma aquí: yo solo  
combatiré, sucumbiré yo solo.  
40 Dame, oh cielo, que fuego  
a los ítalos pechos sea mi sangre.

¿Tus hijos dónde están? Oigo son de armas  
y de carros, y voces y timbales:  
45 en ajenas regiones  
pugnan tus propios hijos.  
Escucha, Italia, escucha. Veo, paréceme,  
un olear de tropas y caballos,  
y humo y polvo, y relucir de espadas  
50 como entre niebla lampos.  
¿No te alegras? ¿Y tus trémulas luces  
volver no quieres al dudoso evento?  
¿A qué pugna en aquellos  
campos tu juventud? ¡Oh santos númenes!  
55 Pugnan por otra tierra sus aceros.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Alusión a la campaña napoleónica de Rusia, en 1812, en la que participaron tropas italianas.



Ay desdichado el que en la guerra es muerto,  
no por los lares patrios y la pía  
consorte y caros hijos,  
mas por los enemigos  
60 de otra gente, y no dirá muriendo:  
alma tierra nativa,  
la vida que me diste aquí te ofrendo.

¡Oh venturosas, caras y benditas  
65 las antiguas edades, que a morir  
por la patria corrían las escuadras;  
tú siempre glorioso y siempre honrado  
70 oh tesálico puerto,<sup>2</sup>  
do menos fuerte asaz Persia y el hado  
fue que un puñado de almas generosas!  
Creo que la hierba, y piedras, y las ondas,  
y aun vuestras montañas, al viajero  
75 con indistinta voz  
narren el modo como aquella playa  
cubrieron los invictos  
cuerpos de los que a Grecia eran devotos.  
Luego, vil y feroz,  
80 Jerjes huía por el Helesponto,  
hecho ludibrio a su postrer linaje;  
y hacia el risco de Antela, do muriendo  
sustrábase a la muerte aquella santa  
hueste, subía Simónides,<sup>3</sup>  
85 mirando éter, tierra y mar a un tiempo.  
Y esparcidas de llanto las mejillas,  
y ansioso el pecho, y vacilante el pie,  
tañía la dulce lira:  
90 A vos las alabanzas,  
que ofrecisteis el pecho a los venablos  
por amor de la tierra que os dio al sol;  
Grecia os venera, y os admira el mundo.

---

<sup>2</sup> El Desfiladero de las Termópilas, donde 300 griegos, al mando de Leónidas, perdieron la vida para detener al enorme ejército del rey persa Jerjes, en 480 a. C.

<sup>3</sup> Simónides de Ceos (566-467 a. C), poeta lírico que cantó las victorias griegas sobre los persas, y compuso una oda triunfal *Leónidas en las Termopilas*.

100 Al campo de batalla  
¿qué tanto amor las juveniles mentes,  
cuál hacia el hado acerbo amor os trajo?  
¿Cómo tan gaya, oh hijos,  
veáis la hora extrema, que risueños  
105 disteis el paso lacrimoso y duro?  
Parecía que a la danza y no a la muerte  
fueseis juntos, o a espléndido convite:  
mas el Tártaro oscuro  
os aguardaba, y la onda muerta;  
110 ni las esposas ni los hijos cerca  
tuvisteis cuando en la margen áspera  
sin besos peracisteis y sin llanto.

Mas no sin la del Persa pena horrenda  
115 e inmortal angustia.  
Cual un león en medio de manada  
de toros salta encima de uno, y clava  
las garras en sus lomos,  
y a otro el anca muerde, a otro el pernil;  
120 tal su furia mostraba entre las turbas  
persas, la ira griega y la virtud  
Ve caballos supinos y jinetes;  
ve al vencido, a quien carros  
la fuga impiden, y las rotas tiendas,  
125 y, corriendo el primero,  
pálido e hirsuto, a Jerjes el tirano;  
ve cómo en sangre bárbara  
los héroes griegos tintos y bañados,  
causa a los persas de infinito afán,  
130 poco a poco vencidos por las llagas,  
uno tras otro caen. Oh viva, oh viva:  
a vos las alabanzas  
mientras en este mundo se hable o escriba,

135 Antes, cayendo al mar, en lo profundo  
chirriarán los astros arrancados,  
que la memoria vuestra  
y amor transcurra o mengüe.  
Vuestra tumba es un ara; y aquí a mostrar  
140 vendrán las madres a sus tiernos vástagos

de vuestra sangre las hermosas huellas.  
Y aquí me postro,  
oh benditos, y en estas piedras beso,  
que serán claras y alabadas siempre  
145 del uno al otro polo.  
¡Si entre vosotros me encontrara, y muelle  
fuese con sangre mía esta alma tierra!  
Que si el hado es diverso y no consiente  
que por Grecia mis luces moribundas  
150 cierre postrado en guerra,  
así la verecunda  
fama de vuestro vate en días futuros  
pueda, queriendo el numen,  
tanto durar cuanto la vuestra dure.

#### CANTO IX. ÚLTIMO CANTO A SAFO

*Compuesto en 1822, hace parte de los cantos llamados del dolor histórico o progresivo. Leopardi retoma aquí, entre las muchas versiones de la vida de la poeta de Lesbos, la que nos la describe tan fea en el cuerpo como elevada en el espíritu, enamorada sin esperanza de un joven, Phaón, favorecido por la belleza pero de alma insensible, y suicida a consecuencia de este amor. El canto, en voz de la poeta al momento de decidir su muerte, trata los temas del anhelo de amor, de la Naturaleza madrastra y de su inexplicable e indiferente crueldad al repartir o negar sus dones.*

Plácida noche, y verecundo rayo  
de la poniente luna; y tú que apuntas  
en la tácita selva sobre el risco,  
nuncio del día; oh deleitosas, caras  
5 —Mientras las Furias ignoré y el hado—,  
apariencias al alma; no sonrío

dulce visión al desolado afecto.  
Sólo se aviva nuestro gozo insólito  
cuando en el éter líquido se vuelven  
10 y por campo trepidantes, las ondas  
polvorientas del Austro, y cuando el carro,  
grave carro de Jove, a nos en lo alto  
tronando, el tenebroso aire divide.  
Nos por barrancos y profundos valles  
15 nada place entre nimbos, y la vasta  
fuga de grey turbada, y de hondo  
río y dudosa orilla  
el son de la onda y la ira victoriosa.  
20 Bello tu manto, ¡oh divo cielo!, y bella  
eres tú, perlada tierra. Ay, de aquesta  
infinita beldad parte ninguna  
a la mísera Safo concedieron  
el numen e impía suerte. En tus soberbios  
25 reinos, vil, ¡oh natura!, y grave huésped  
y despreciada amante, a tus graciosas  
formas en vano el alma y las pupilas  
suplicante vuelvo. No me ríe  
la abierta margen, ni de etérea puerta  
30 el matutino albor: ni a mí ya el canto  
de coloreados pájaros, ni de hayas;  
el murmullo saluda: y do a la sombra  
de los sauces inclinados despliega  
35 lúbrico pie las flexüosas linfas  
desdeñado sustrae,  
y oprime en fuga las olientes playas.

Mas, ¿qué falta, qué tan nefando exceso  
40 manchó mi nacimiento, que tan torvo  
me fuera el cielo y de fortuna el rostro?  
¿En qué pequé de niña, cuando ignara  
de crimen es la vida, que menguado  
de juventud, marchito, en el huso  
45 de la indómita Parca se torciera  
herrumbrado mi estambre? Incautas voces  
tu labio expande: el destinado evento  
mueve arcano consejo. Arcano es todo,  
salvo nuestro dolor. Prole olvidada

50 nacimos para el llanto, y en el regazo  
del Dios yace el motivo. ¡Ay anhelos  
de la más tierna edad! A la apariencia,  
a la amena apariencia eterno reino  
aquí dio el Padre; y por magnas empresas,  
55 por docta lira o canto,  
virtud no luce en un desnudo manto.

Moriremos. Dejado el velo indigno,  
desnuda el ánima huirá hacia el Hades,<sup>4</sup>  
60 y el crudo fallo enmendará del ciego  
dispensador del sino. Y tú a quien largo  
amor en vano, y larga fe, e inútil  
furor me ató de un fuego inaplacado,  
vive feliz, si pudo en este mundo  
65 feliz vivir mortal. Ya no escanció  
de su ánfora avara el licor suave  
Jove, cuando murieron los engaños  
y sueños de mi infancia. Los más gayos  
días de nuestra edad vuelan primero.  
Siguen los males, la vejez, la sombra  
de la géllica muerte. Así de tantos  
gratos errores y esperadas palmas,  
75 el Tártaro<sup>5</sup> me resta; el bravo ingenio  
va a la tenaria Diva,<sup>6</sup>  
la oscura noche y la silente riba.

#### CANTO XI. EL GORRIÓN SOLITARIO

*Compuesto en 1829, pero concebido ya diez años antes, hace parte de los llamados grandes idilios, o canciones libres, y es, con "A Silvia", uno de los poemas más célebres de Leopardi. El*

---

<sup>4</sup> Plutón, el dios infernal.

<sup>5</sup> Según Hesíodo, la parte más profunda y oscura del infierno, cárcel perpetua para el alma de los criminales.

<sup>6</sup> Hécate, la diosa infernal, llamada así por el río Ténaro, cerca de cuya desembocadura se imaginaba la entrada a los infiernos.

*tema de la inexplicable renuncia a la vida que se suma a la indiferencia o al ensañamiento del hado, para aumentar el horror de la odiada vejez, está tratado a través de una límpida y enternecida visión de su paisaje natal.*

Desde la aguja de la antigua torre,  
solitario gorrión, a la campiña  
cantando vas en tanto muere el día;  
y yerra la armonía por este valle.  
5 En torno primavera  
brilla en el aire, y en el campo exulta,  
tal que al mirarla se entenece el pecho.  
Oyes greyes balar, mugir ganado;  
los pájaros contentos, en parvada,  
10 van por el libre cielo en sus giros,  
festejando sin fin su mejor tiempo:  
tú, pensativo, aparte, el todo miras,  
no compañía, no vuelos,  
no curas alegría, esquivas gozos;  
15 cantas, y así rebasas  
la bella flor del año y de tu vida.

Ay, imas cuán semejantes  
tu costumbre y la mía! Solaz y risa,  
20 de la primera edad dulce familia,  
y tú, de juventud hermano, amor,  
suspiro acerbo de provectos días,  
no curo, no sé cómo; sino dellos  
más bien huyo muy lejos;  
25 casi eremita, y ajeno  
a mi lugar nativo,  
paso de mi vivir la primavera.  
Este día que ya cede a la noche,  
se suele festejar en nuestro burgo.  
30 Oyes en lo sereno un son de esquila,  
y a menudo un tronar de férreas cañas,  
que a lo lejos retumba por las villas.

Vestida para fiesta,  
35 toda la juventud  
deja sus casas y anda por las calles;  
mira, es mirada, y en el cor se alegra.  
Yo, solitario, en esta  
remota parte a la campiña salgo;  
40 todo deleite y juego  
difiero hacia otro tiempo: y la mirada  
tendida al aire dulce  
me hiere el sol, que entre lejanos montes,  
tras el día sereno,  
45 cae y se esconde, y decir parece  
que la dichosa juventud se esfuma.

Tú gorrión solitario, en el ocaso  
del vivir que han de darte las estrellas,  
50 por cierto tu costumbre  
no negarás; pues de natura es fruto  
todo vuestro deseo.  
Mas yo, si de vejez  
el detestado umbral  
55 evitar no pudiere,  
cuando estos ojos mudos sean al alma  
de los demás, y hueco les sea el mundo,  
y el día futuro más tedioso y tetro  
que el día presente, ¿qué tales deseos?  
60 ¿qué me parecerán estos mis años?  
¿qué de mí mismo? Asaz lamentaréme,  
mas sin consuelo volveré al pasado.

#### CANTO XIV. A LA LUNA

*Uno de los idilios breves en endecasílabos sueltos, o pequeños idilios, compuesto en 1819. La luna es uno de los interlocutores preferidos de Leopardi en los momentos de pausada melancolía como éste, en que se valora el sabor dulcemargo del recuerdo, el aumento de cuyo caudal,*

*con el transcurrir de los años, es paralelo al aumento de la experiencia que hace imposible la esperanza, único bien, aunque falaz, de la vida.*

Oh graciosa luna, yo me acuerdo  
que, hace un año, encima de este risco  
venía lleno de angustia a contemplarte:  
y tú pendías sobre aquella selva  
5 como ahora, que toda la iluminas.  
Mas nebuloso y trémulo, en el llanto  
que bañaba mis ojos, a mi vista  
tu rostro aparecía, pues pesarosa  
era mi vida: y es, tenor no cambia,  
10 oh mi dilecta luna. Y aún me place  
la recordanza, y numerar los años  
de mi dolor. ¡Oh cuán grato acontece  
en el juvenil tiempo, en que memoria  
ha breve el curso, y luengo la esperanza,  
15 el memorar las cosas del pasado,  
aunque sea triste, y el afán perdure!

#### CANTO XXI. A SILVIA

*Canción libre compuesta en 1828. Silvia es una de las tenues y fugaces figuras femeninas que nos presenta Leopardi, víctima de una muerte precoz que le arrebató el único bien concedido a los humanos: las ilusiones y esperanzas juveniles. Y Leopardi la asemeja a su propia esperanza, caída también antes de tiempo ante la lúcida comprensión de la verdad de la vida.*

Silvia, ¿revives siempre  
de tu vida mortal aquellos tiempos,  
cuando beldad fulgía  
en tu mirar risueño y fugitivo,



5 y alegre y pensativa, los umbrales  
de juventud subías?

Sonaban las quietas  
estancias, y las calles aledañas,  
10 a tu perpetuo canto,  
cuando atenta a bordados femeniles  
te sentabas, contenta  
del vago porvenir que imaginabas.  
Era mayo oloroso: tú solías  
15 así llevar los días.

El deleitoso estudio  
dejaba a veces, y sudados pliegos  
donde mi edad primera  
20 y mi parte mejor se consumía,  
y en los balcones del hogar paterno  
prestaba oído al eco de tu voz,  
y a la mano veloz  
recorriendo la tela fatigosa.  
25 Miraba el calmo cielo,  
y las calles doradas y las huertas,  
y aquende el mar, y allende el Apenino.  
Labio mortal no dice  
lo que sentía mi pecho.

30 ¡Qué suaves pensamientos,  
qué esperanzas y ardores, Silvia mía!  
¡Qué oferente nos era  
la vida humana y el hado!  
Cuando me acuerdo de tamaño anhelo,  
35 un afecto me oprime  
acerbo y sin consuelo,  
y vuélveme a doler la desventura.  
Oh natura, natura,  
¿por qué rendir no puedes  
40 tus promesas? Oh dime: ¿porqué tanto  
engañas a tus hijos?

Antes de que la hierba helara invierno  
oculto morbo combatió tu vida,  
45 tan tierna, y la venció. No mirarías  
de tus años la flor;  
no halagaría tu pecho  
el dulce elogio a tus cabellos negros,  
ni a tus ojos amantes cuanto esquivos;  
50 ni contigo tu amiga en días festivos  
razonaría de amor.

También morían en breve  
mis más dulces anhelos: a mis años  
55 negó también el hado  
la juventud. ¡Ay cómo,  
cómo pasado has,  
querida amiga de mi edad más nueva,  
mi llorada esperanza!  
60 ¿Es éste el mundo? ¿Son  
éstos los goces, el amor, las obras  
de los que tanto razonamos juntos?  
¿Tal es la suerte del género humano?  
Disipado el engaño  
65 tú, mísera, caíste; y lejanos  
la fría muerte y un sepulcro nudo  
mostrabas con la mano.

#### CANTO XXVI. EL PENSAMIENTO DOMINANTE

*Compuesto en 1831, en los momentos más intensos de la pasión por Fanny Targioni Tozzetti, expresa el sentir leopardiano acerca del amor, entendido como el bien supremo en cuanto suprema ilusión, fuente de verdadera magnanimidad, pues impulsa a nobles empresas y a despreciar la muerte. De toda ilusión comparte la falacia y el destino de decepción, y el hombre que lo concibe está destinado a la soledad y el dolor; pero tam-*

*bién a la orgullosa conciencia de superioridad y  
a la dicha suprema que el sentir mismo le da.*

Dulcísimo, potente  
dominador de mi profunda mente:  
terrible, pero caro  
don del cielo, consorte  
5 a mis lúgubres días,  
pensamiento que a mí frecuente tornas.

De tu natura arcana  
¿quién no discurre? Su poder ¿qué humano  
10 no sintió? Empero, siempre  
que, en decir sus efectos,  
el sentir espolea la lengua humana,  
nuevo escuchase aquello que razona.

15 ¡Cómo desierta queda  
mi mente desde cuando  
tú la tomaste toda por morada!  
Y veloces en torno como el lampo  
mis otros pensamientos  
20 se disolvieron. Tal como una torre  
en campo solitario,  
estás solo, gigante, en medio de ella.

¿Qué devienen, fuera de ti solo,  
25 toda obra terrenal,  
toda entera la vida a mi mirada?  
¡Qué intolerable tedio  
los ocios, los comercios,  
y de vano placer la espera vana,  
30 a lado desa dicha,  
dicha celeste que de ti me viene!

Cual desde nudas piedras  
del rocoso Apenino  
35 a un campo verde que sonrío lejano  
vuelve ansiosa la vista el peregrino;  
así del seco y áspero

mundano conversar, ardientemente,  
casi a gajo jardín, a ti retorno,  
40 y estar contigo aviva mis sentidos.

Paréceme increíble  
que la vida infeliz y el necio mundo  
asaz por largo tiempo  
45 sin ti ya soporté;  
y comprender no puedo  
que por otros deseos,  
a ti no semejantes, se suspire.

50 Jamás desde que supe  
esta vida qué es, en carne propia,  
temor de muerte no oprimió mi pecho.  
Hoy me parece un juego  
la que el inepto mundo,  
55 loando a veces, aborrece y teme,  
necesidad extrema;  
y si peligro amaga, con sonrisas  
me pongo a contemplar sus amenazas.

60 A los cobardes siempre, y a las almas  
abyectas y mezquinas  
di mi desprecio. Hoy punge todo acto  
indigno mis sentidos;  
mueve a desdén el alma todo ejemplo  
65 de la humana vileza.  
A esta edad soberbia,  
que de esperanzas vanas se alimenta,  
no amante de virtud, mas de palabras;  
loca, que lo útil pide,  
70 y que inútil la vida  
así cada vez más no ve tornarse;  
me siento superior. De los humanos  
juicios me burlo; y al voluble vulgo  
al bel pensar infesto,  
75 digno despreciador tuyo, detesto.

A aquél del cual procedes,  
¿cuál afecto no cede?

Es más, ¿cuál otro afecto,  
80 sino aquél, tiene sede en los mortales?  
Avaricia, soberbia, odio, desprecio,  
de honor afán, de reinos,  
¿qué son, sino apetitos  
en parangón con él? Sólo un afecto  
85 vive en nos: sólo uno,  
prepotente señor,  
al cor humano dio la ley eterna.

Valor no tiene, ni razón la vida  
90 salvo por él, por él que al hombre es todo;  
sola disculpa al hado,  
que a los mortales en la tierra puso  
a tanto padecer sin otro fruto;  
sólo por él a veces,  
95 a la gente no estulta, al ser no vil,  
la vida que la muerte es más gentil.

Para tus goces, dulce pensamiento,  
sentir humano afán,  
100 y soportar por años  
esta vida mortal, no me fue indigno;  
y otra vez tornaría,  
así cual soy en nuestro mal experto,  
hacia tal fin a comenzar mi curso:  
105 que, entre arena y serpientes ponzoñosas  
tan cansado jamás  
por el mortal desierto  
no vine a ti, que estas nuestras penas  
no creyera que tanto bien venciase  
110 ¡Qué mundo así, qué nueva  
inmensidad, qué paraíso es ése  
donde a menudo tu estupendo encanto  
parece que me eleva! A donde yo  
bajo otra luz, que no la usual, errando,  
115 mi estado terrenal  
y toda la verdad doy al olvido.  
Tales son, creo, los sueños  
de los dioses. En fin, tan solo un sueño  
que en mucha parte todo lo embellece

120 eres, dulce pensar;  
sueño y mostrado error. Si bien divina  
entre hermosos errores  
natura tienes; pues tan viva y fuerte,  
que contra la verdad porfiando dura,  
125 y a veces se le iguala,  
tan solo disipándose en la muerte.

Y tú por cierto, oh pensamiento, solo  
tú vital a mis días,  
130 causa dilecta de ansias infinitas,  
serás conmigo a un tiempo en muerte extinto:  
que en mi alma por vivos signos siento  
que perpetuo señor me fuiste dado.  
Otros gentiles sueños  
135 solía su real aspecto  
siempre debilitar. Cuanto más vuelvo  
a contemplar a aquella  
de la cual razonando voy contigo,  
crece aquel gran deleite,  
140 crece aquel gran delirio en que respiro.  
¡Angelical beldad!  
A doquiera que mire rostros bellos,  
páreceme que todos falsamente  
imiten a tu rostro. Única fuente  
145 de toda la hermosura,  
y única beldad tú me pareces.

Desde que te miré por vez primera,  
¿de cuál mi grave cuita último objeto  
150 no fuiste tú? ¿Cuánto pasó del día,  
que no pensara en ti? En mis ensueños  
tu soberana imagen  
¿cuántas veces faltó? Bella cual sueño,  
angélica semblanza,  
155 en la terrena estancia,  
y altas vías del universo entero,  
¿qué pido más, qué espero  
contemplar, más hermoso que tus ojos,  
tener, más dulce que tu pensamiento?

## CANTO XXVII. A SÍ MISMO

*Compuesto en 1833, es el más perfecto de los llamados cantos de la última ilusión, dedicado a la amargura de la decepción amorosa. La asunción de la actitud estoica de lúcida renuncia se manifiesta en ritmos quebrados, versos constantemente encabalgados y frases cortas, que suenan como sollozos en contraste con la ostentada frialdad de la actitud de desprecio hacia la vida.*

Ya posarás por siempre,  
cansado corazón. Murió el postrer engaño,  
que eterno yo creí. Murió. Bien siento,  
en nos de engaños caros,  
5 no la esperanza, aun el deseo ha muerto.  
Posa por siempre. Asaz  
palpitaste. No paga cosa alguna  
tus latidos, ni es digna de suspiros  
la tierra. Amargo y tedio  
10 la vida, nada más; y es fango el mundo.  
Te aquieta ya. Despera  
la última vez. A nuestra especie el hado  
no dio más que el morir. Ahora desprecia  
a ti, natura, el feo  
15 poder que, oculto, en común daño impera,  
y la infinita vanidad del todo.

## CANTO XXVIII. ASPASIA

*Compuesto en 1834, es el único Canto dedicado directamente a una mujer que le ha inspirado una verdadera pasión, retratada en su aspecto físico, entorno, actitudes y psicología. Esta des-*

*cripción exaltada y sensual, única en la producción poética de Leopardi, que representa siempre una visión delicada y sublime de la mujer, angelical inspiradora o tierna víctima del hado, es el aspecto más notable del poema, y triunfa sobre las afirmaciones de libertad y desprecio, demasiado sarcásticas y dolidas para no revelar un sustrato pasional no resuelto.*

Torna a mi pensamiento algunas veces  
tu semblante, ¡oh Aspasia! O fugitivo  
por habitados sitios a mí esplende  
en otros rostros; o en desiertos campos,  
5 al día sereno, a las estrellas tácitas,  
por tan suave armonía suscitada,  
en el alma a turbarse aún proclive  
esa soberbia visión resurge.  
¡Cuán adorada, oh númenes, y un día  
10 cuál mi delicia y Furias! Jamás siento  
mover perfume de florida playa,  
ni flores impregnar vías citadinas,  
sin que a mirarte vuelva cual el día  
que en tu adornada alcoba recogida,  
15 toda aromada por recientes flores  
de primavera, del color vestida  
de la bruna viola, a mi ofrecióse  
tu forma angelical, tendido el flanco  
sobre nítidas pieles, y en un halo  
20 de placeres arcanos; cuando, docta  
en seducir, férvidos y sonoros  
besos sonabas en los curvos labios  
de tus niños, el níveo cuello en tanto  
brindando, e, ignaros de tus causas,  
25 tu hermosísima mano los ceñía  
al seno oculto y deseado. Nuevo  
cielo, y tierra, surgió, y casi un rayo  
en mi mente divino. Así en mi pecho  
nunca inerme imprimió a viva fuerza  
30 tu brazo el dardo, que después clavado  
llevé aullando hasta que al mismo día



volvió dos veces en su giro el sol.

Rayo divino fue para mi mente  
35 dueña mía, tu beldad. Igual efecto  
dan belleza y acordes musicales,  
que alto misterio de ignorado Elísio  
parecen siempre revelar. Contempla  
el llagado mortal luego la hija  
40 de su mente, la amorosa idea,  
que gran parte de Olimpo en sí comprende,  
toda en rostro, en costumbres, en el habla,  
igual a la mujer que el ebrio amante  
contemplar y amar confuso estima.  
45 A ésta él no ya, más bien a aquella,  
también en los amplexos honra y ama.  
Al fin su yerro y los trocados seres  
conociendo, se aíra; y siempre inculpa  
a la mujer en vano. Tan excelsa  
50 imagen rara veces el femíneo  
ingenio toca; y lo que inspira en nobles  
amantes su beldad, mujer no advierte,  
ni comprender podría. No cabe en esas  
angostas frentes tal concepto. Y mal,  
55 por el vivo fulgor de esas miradas,  
el hombre espera, y engañado pide  
profundos sentimientos, no sabidos,  
más que viriles, a alguien que es menor  
que el hombre por natura. Si más blandos  
60 ella y más tenues miembros, menos fuerte  
también la mente y menos vasta tiene.

Ni tú jamás aquello que tú misma  
un día inspiraste a mi pensamiento,  
65 pudiste, Aspasia, imaginar. No sabes  
qué amor desmesurado, qué tormentos,  
qué indecibles delirios y emociones  
moviste en mí; ni vendrá tiempo alguno  
en que lo entiendas. De tal guisa ignora  
70 ejecutor de músicos concentos,  
lo que con mano o con la voz opera  
en quien lo escucha. Aquella Aspasia ha muerto

que tanto amé. Yace por siempre, objeto  
un día de mi vida: si no en cuanto,  
75 como larva querida, de hora en hora  
suele tornar y disolverse. Vives,  
bella no sólo, sino bella tanto,  
a mis ojos, que a las demás superas.  
La llama que de ti nació extinguióse:  
80 pues a ti yo no amé, sino a la Diva  
que ya vida, hoy sepulcro, halla en mi pecho.  
Mucho a aquélla adoré; y tal gustóme  
su celeste beldad, que yo, ya desde  
cuando empezó el entendimiento claro  
85 de tu ser, de tus artes y tus fraudes,  
contemplando sus ojos en los tuyos,  
deseoso te seguí mientras vivía,  
engañado no ya, mas, por el gozo  
de aquel tan dulce símil, convencido  
90 de tolerar áspera y luenga cárcel.

Ya ufánate, bien puedes. Narra cómo  
de tu sexo la única eres ante  
la cual plegué la frente altiva, y a quien  
95 brindé espontáneo el corazón indómito.  
Cómo primera y última, miraste  
mi suplicante llanto, y me viste  
tímido y tembloroso (ardo al decirlo  
de rubor y desdén), fuera de mí,  
100 cualquier deseo, cualquier palabra tuya  
o acto espiar sumiso, a tu superbo  
desdén palidecer, brillar mi rostro  
a algún signo cortés, a una mirada  
mudar forma y color. Cayó el encanto  
105 y en pedazos con él, regado en tierra  
el yugo: así me alegre. Y si bien llenas  
de tedio, al fin después de servidumbre  
y tan luengo soñar, contento abrazo  
cordura y libertad. Que si de afectos  
110 ciega la vida, y de gentiles yerros,  
sin estrellas es noche a medio invierno  
ya del hado mortal a mí bastante  
consuelo y venganza es que, en la yerba,

inmóvil, descuidado aquí yaciendo,  
115 la tierra el cielo el mar miro, y sonrío.

CANTO XXXIII. EL OCASO DE LA LUNA

*Compuesto en 1837, el año de la muerte del poeta, es uno de los más perfectos entre los Cantos que hablan de la condición humana. La descripción serena del paisaje nocturno refleja su paz en las consideraciones desesperadas sobre la condición infeliz del hombre, condenado a sobrevivir a la pérdida de las esperanzas y de los fugaces placeres que sólo proporciona la juventud. El tono se mantiene sosegado aun en la amargura, y la comparación con el renacer cotidiano de la naturaleza asume el aspecto de una desolada resignación.*

Cual en noche desierta,  
sobre campiñas argentadas y aguas,  
do céfiro aletea,  
y mil vagos aspectos  
5 y engañosos objetos  
fingen lejos las sombras  
entre ondas tranquilas  
y ramas y breñales y colinas y villas;  
en el confín del cielo,  
10 tras Apenino o Alpe, o del Tirreno  
en el seno infinito  
cae la luna; y palidece el mundo;  
desaparecen las sombras, y los valles  
y los montes sombrea la tiniebla;  
15 ciega la noche queda,  
y cantando, con triste melodía,  
los extremos albores de la luz fugitiva  
que antes le fue guía,  
desde el camino el arriero saluda;

20 tal se disipa, y tal  
deja la edad mortal  
la juventud. En fuga  
van sombras y apariencias  
de los engaños deleitosos; menguan  
25 las esperanzas vagas,  
donde se apoya la mortal natura.  
Abandonada, oscura  
queda la vida. En ella la mirada,  
busca el confuso caminante en vano  
30 de la vía que aún siente tan larga,  
meta o razón; y entiende  
que a sí la humana sede,  
él a ella en verdad se ha vuelto extraño

35 Muy feliz y gozosa  
nuestra mísera suerte  
en lo alto pareció, si el juvenil estado,  
do cada bien de mil penas es fruto,  
durase todo de la vida el curso.

40 Muy benigno decreto  
aquél que todo ser sentencia a muerte,  
si también media vía  
antes no se le diera  
de la terrible muerte asaz más dura

45 De ingenios inmortales  
digno hallado, y extremo  
mal de todos, los Dioses encontraron  
vejez, donde fuese  
incólume el deseo, extinta la esperanza,  
50 secas las fuentes del placer, las penas  
mayores siempre, y ya negado el bien.

Vos, colinas y playas,  
caído el esplendor que en Occidente  
55 argentaba los velos de la noche,  
huérfanas luengo tiempo  
no quedaréis; pues en el polo opuesto  
pronto veréis el cielo  
blanquear de nuevo y despuntar el alba:  
60 a la cual luego sucediendo el sol,

y fulgurando en torno  
con sus flamas potentes,  
de lícidos torrentes  
os bañará, con los etéreos campos.  
65 Mas la vida mortal, ya que la bella  
juventud se marchó, no se colora  
con otra luz jamás, con otra aurora.  
Viuda es hasta el final; y a la noche  
que las demás edades oscurece,  
70 por sello puso Dios la sepultura.

*Giacomo Leopardi*, Material de Lectura,  
Serie Poesía Moderna, núm. 158 de la  
Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.  
Cuidado de la edición: Laura González Durán.